

CARTA ABIERTA A JUAN GOYTISOLO

JUAN ARIAS*

«... las almas bondadosas de hoy, las congregadas en el claustro de lo políticamente correcto, atraviesan centenares de kilómetros de montes y desiertos, a través de un país víctima de infames carnicerías diarias, a fin de conmoverse con la suerte dramática de unos saharauis remotos, para desentenderse así, con un fariseísmo arrogante, de una xenofobia y racismo próximos, muy próximos, caldo de cultivo de los atentados y crímenes cometidos en casa contra los moros –marroquíes y argelinos– fugitivos de la pobreza y de una guerra de exterminio de fines inconfesables.» (Juan Goytisolo, *El Peaje de la Vida*, p. 185.).

USTED...

Que es autor de obras que suponen verdaderos puntos de inflexión en la narrativa española.

Que lo mismo puede decirse de sus obras de pensamiento, que siguen las pautas del mayor rigor intelectual.

Que obtuvo el reconocimiento internacional por el cuestionamiento incesante de los esquemas tradicionales del arte de narrar, que convierten sus novelas en laboratorios de los temas más acuciantes de su vida y de la sociedad que le rodea.

Que desde sus primeros escritos fue trazando un arco de rebeldía que continúa elevándose no sólo en los contenidos, sino también en las formas, aderezado con su talante contestatario y el compromiso social que brota de su pluma.

Que se cuestiona toda una serie de mitos y de ideas establecidas que se perpetuaron en nuestros estudios históricos y literarios a través de la historia.

Que se constituye en revulsivo intelectual y moral que nos enfrenta a un pasado y a un presente incómodos, conectados entre sí.

Que rechaza todo dogmatismo y reivindica la heterodoxia.

Que considera la mirada del que está abajo más interesante del que está arriba, y más aún la de quien se sitúa en la periferia con respecto al centro.

* Periodista y autor de numerosos artículos sobre el Sáhara Occidental.

Que une a su perspicacia intelectual la lucidez de sus planteamientos, la curiosidad por otras culturas y la pasión creativa.

Que denuncia con certeza los nuevos «ejidos» de la intransigencia, y fue declarado persona *non grata* por la corporación municipal de El Ejido.

Que con su voz nos regaló el maravilloso discurso de aceptación del Premio Hidalgo de la Asociación Nacional Presencia Gitana.

Que de forma continuada, desde la transgresión y el descreimiento, viene planteando una seria reflexión sobre los orígenes de la intransigencia ideológica, religiosa y étnica, visitando tres veces Sarajevo durante el asedio; una Argelia desgarrada por una despiadada guerra contra los indefensos, y Chechenia en su penúltima destrucción por los zares de ayer y de hoy.

Que escribió en Sarajevo: «Aquí yacen la dignidad de la Comunidad Europea y la credibilidad de la Organización de Naciones Unidas», añadiendo: «Percieron por la inigualable cobardía y cinismo de sus negociadores y dirigentes, como recordatorio a todos los pueblos del mundo de cuánto vale el compromiso moral de las grandes potencias –docenas y docenas de acuerdos incumplidos y resoluciones archivadas– cuando sus intereses vitales no entran en juego».

Que denunció en artículos sobre la guerra de Bosnia lo que, según su acertado juicio, constituyó una manipulación indecente del conflicto tanto por parte de periodistas, intelectuales como de las propias fuerzas de Unprofor, pronosticando que su drama no concluirá con un acuerdo firmado por presiones externas.

Que afirma que el valor de un bosnio es inferior al de un barril de petróleo.

Que define la labor del intelectual como búsqueda de un saber desinteresado, sin rentabilidad inmediata.

Que cuando escribe –confirma–, lo hace no con una idea o ideología, sino implicando todas sus contradicciones, a la vez que asegura que la única forma de defendernos es la diseminación de verdades parciales. O que advierte que entramos en un mundo en el que, a la obligada lectura de Marx, Keynes y Karl Popper, según el ideario del consumidor, habría que añadir la de una nueva edición revisada de la *Guía de los Perplejos*.

Que dice haberse ganado a pulso, como en tiempos del franquismo y según sus propias palabras, la triste reputación de un revoltoso ejemplar de pájaro que ensucia su propio nido, un pájaro aguafiestas –declara– ajeno a grupos de intereses, estamentos y bandas, preocupado tan sólo por afinar el canto.

Que reivindica, en fin, como valores personales la solidaridad, la compasión y la bondad.

 Carta abierta a Juan Goytisolo

¿CÓMO ES POSIBLE...?

El silencio estruendoso en su obra de las vidas rotas, los destinos truncados, los desarraigos sufridos y las identidades anuladas de los saharauis.

El olvido de un pequeño pueblo cuyo único crimen estriba en su mera existencia en el área estratégica de una potencia con vocación imperial.

Considerar el genocidio con napalm sufrido por su población y las consecuencias posteriores un asunto puramente interno, y toda condena exterior una injerencia inadmisibile y humillante.

No hablar de agresores y agredidos, de verdugos y de víctimas y, sobre todo, de las dos posiciones: quien defiende su derecho a la autodeterminación jurídicamente reconocido, frente al concepto expansionista del Gran Magreb.

Encajar sin estupefacción los veinticinco años de privaciones, de violaciones flagrantes de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, el uso sistemático de cárceles clandestinas, las detenciones arbitrarias, las torturas, deportaciones y desapariciones forzosas, así como los procesos judiciales injustos y las amenazas de represalias, el sometimiento, en definitiva, de la comunidad saharauí a los dictados y exigencias del invasor, omitiendo los informes espeluznantes de Amnistía Internacional, Human Rights Watch o de la Asociación de Familiares de Presos y Desaparecidos Saharauis.

Asistir sin zozobra y remordimiento a la vista de mujeres y niños imposibilitados a resistir sin una decisiva injerencia humanitaria de la comunidad internacional, fundamentalmente española.

No movilizar a la opinión pública ante el incesante ballet diplomático de los negociadores, y las docenas de informes y resoluciones de la ONU cuyo común denominador es su incumplimiento.

Rechazar poner de relieve la inoperancia y el egoísmo de nuestras democracias en situaciones en las que sus intereses vitales no entran en juego, y el nulo posicionamiento de Europa a favor de los que defienden los principios en los que se basan sus sociedades, ante la violación de las normas internacionales que reconocen a los saharauis la posibilidad de ejercer libremente su derecho a la autodeterminación y a la independencia.

No calificar el desarrollo de los acontecimientos sino de triunfo temporal de la barbarie.

No concluir que la victoria de las tesis del invasor auguraría un futuro sombrío en la zona y la posibilidad de un conflicto generalizado y sin fin.

No imponer la fuerza de la razón, frente a la razón de la fuerza que plasma en su libro *El problema del Sáhara*, vocero del invasor.

Perder de vista la desdicha ajena sin perder al mismo tiempo el necesario respeto a sí mismo.

Confiar en la moral y principios democráticos escarnecidos, en fin, por quien dice defenderlos.

